EL TROCITO DE CIELO

Pedro Jiménez Sánchez

Image not found.

Capítulo 1

EL TROCITO DE CIELO Tengo fama de solitario y huraño, y quien no me conociera tal vez podría acusarme de misantropía pero, en realidad, no son más que apariencias. Algún amigo me apodó “el lobo estepario”, haciendo alusión a mi enorme devoción por Hermann Hesse, pero yo siempre le digo que ni me creo superior al resto ni, siquiera, me considero especialmente distinto. Lo que ocurre es que me gusta la soledad, la lectura y el silencio; encuentro en éste último algunas melodías que no me aporta música alguna.

Ese carácter introvertido explica que no haga demasiadas amistades con mis vecinos, por ejemplo, cosa que mi mujer me reprocha continuamente. “Deberías ser más simpático con la gente”, me espeta cada vez que puede. Yo he optado por no discutirle.

Ella, sin embargo, es todo lo contrario: siempre que encuentra la ocasión, se para a hablar con cualquiera, aunque sea la conversación más superficial e inconsistente. Yo pienso que, si no encontrase seres humanos, hablaría con las farolas, pero no se lo digo: podría llevarnos a una discusión que mancharía inútilmente la belleza del silencio.

No hace mucho, ella me dijo mientras almorzábamos: “Deberías subir a visitar, alguna vez, a la vecina del quinto, que está muy enferma, la pobre”. ”¿Qué le pasa?” , quise mostrar interés yo. “Fatiga crónica: es una de las catalogadas como enfermedades raras”.

Me sentí un poco apabullado por dos razones: en primer lugar, porque eso significaba tener que mantener una conversación con una perfecta desconocida a la que no había visto ni tan siquiera en el ascensor; y en segundo lugar, porque no sabría cómo reaccionar ante una enfermedad de la que no había oído hablar jamás.

Pero mi mujer insistía en mi obligación moral de mostrar, alguna vez, algo parecido a interés humano por los demás. En realidad, ella se había quedado muy PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com por la vecina y quería compartir su experiencia - espiritual, la llamó ella - conmigo. De modo que, más por no oírla que por ganas, decidí subir.

Me abrió la puerta uno de sus tres hijos, pues su marido trabajaba todo el día y sólo aparecía por la noche. “Mi madre no puede hoy recibir a nadie: está acostada y no tiene ninguna fuerza”. El chico me explicó que la señora llevaba ocho años sin levantarse de la cama.

Aturdido, volví a casa y le pregunté a mi mujer si ella sabía eso. Me respondió que sí y me explicó que la fatiga crónica es una terrible dolencia

en la que el descanso no es reparador; esto es, el enfermo se despierta por la mañana con la misma fatiga con la que se acostó, como si no hubiese descansado nada. A mi pobre vecina, al parecer, le dolía hasta respirar. Ya incluso le habían tenido que suministrar suero para alimentarla porque no soportaba el dolor y el cansancio de mover los dientes para comer. Por eso, muchos días no podía ni hablar y, por ello, había que aprovechar las escasas ocasiones en que se sentía con fuerzas para ello.

Algunas semanas más tarde de mi primer intento, mi mujer me advirtió de que la vecina podía recibir visitas ese día, de modo que me encaminé a su piso.

Cuando me hicieron pasar a su dormitorio, me encontré frente a una señora de edad indefinida pero extremadamente delgada; lo mismo podía tener cuarenta años que setenta.

Con pelo algo canoso y un semblante que irradiaba una paz absolutamente inexplicable, me sonrió, penetrándome con la mirada de sus profundos ojos azulados y me dijo:

- Ya sé que estuviste el otro día aquí, y yo no pude recibirte. Te estoy muy agradecida por intentarlo. Se ve que tienes que ser un hombre de muy buen corazón.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com fueron sus palabras, sino el hecho de que fuesen sinceras lo que estuvo a punto de provocar que se me saltasen las lágrimas: caí en la cuenta que era la primera vez en mi vida que me llamaban “buena persona”.

Mi vecina me explicó que ella era el alma de la casa: siempre que podía hablar, era el paño de lágrimas de toda la familia. Todos querían contarle sus problemas porque su consejo siempre derrochaba sabiduría y sentido común.

- Si temo morirme es porque mi familia no podría vivir sin mí. Por lo demás, la muerte no es sino sumergirse y embriagarse en el gran silencio.

Cuando dijo aquello, me produjo escalofríos. Realmente, yo no atinaba a pronunciar palabra alguna, pero a mi vecina eso no le incomodaba lo más mínimo: antes bien, pareciera que le hacía gracia.

- Vecino: no sabes lo privilegiada que me siento de poder ser tan feliz aquí en mi cama. Aunque no puedo ver la televisión ni oír la radio, pues me agotan al instante, hay veces que puedo leer un poco, hasta que se me

cansan los brazos de sostener el libro.

- ¿Y qué haces durante todo el día, para no aburrirte?

- Pues medito. A veces, recojo mi cuerpo y mi espíritu y me limito a sentirme a mí misma; otras veces, pienso en todas las personas que conozco y les mando, desde aquí, mi energía positiva. Y otras veces, imagino una vida de pie, y la reproduzco al minuto. La verdad es que no tengo tiempo de aburrirme y… ¡Un momento, que pasa el de las ocho!

- ¿Cómo?- musité yo, pero ella ya no me oía; había fijado su vista en la ventana, por la que se veía el firmamento azul y, en él, un avión volando.

- Es el avión de las ocho - repitió - Pasa todos los días. Comprenderás que he tenido tiempo de aprenderme el horario de todos los aviones. Debes saber PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com ese cuadrado azul que se dibuja a través de mi ventana es toda mi conexión con el mundo exterior. El avión es el que me recuerda que hay un mundo ahí afuera, que la vida sigue, que el planeta respira. Doy gracias por poder ver todos los días ese pequeño paraíso: es mi trocito de cielo. ¡Y pensar que hay personas ciegas que no pueden verlo! – dijo, mientras se le quebraba la voz.

Para entonces, yo ya había dejado de mirarla. Un río de calientes lágrimas me impedía ver nada. Imaginé que no sería el primero que lloraba delante de aquella santa, con lo que no me avergoncé.

El lobo estepario había despertado a la vida real.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com